

BELINDA CASTLES

# HANNAH *y* EMIL

*Una historia irresistible de amor y valentía en tiempos desesperados*



SUMA  
de libros

## Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Nota de la autora](#)

[Prólogo. Flora Sidney, 2005](#)

[Primera parte](#)

[Emil. Duisburgo, 1902](#)

[Hannah. Londres, 1915](#)

[Emil. Península de Galípoli, mayo de 1915](#)

[Hannah. Londres, 1917](#)

[Emil. Múnich, 1918](#)

[Hannah. Hampstead, 1924](#)

[Segunda parte](#)

[Emil. Mar del Norte, 1929](#)

[Hannah. París, 1930](#)

[Emil. Duisburgo, 1932](#)

[Tercera parte](#)

[Hannah. Bruselas, 1933](#)

[Emil. Hampstead, 1936](#)

[Cuarta parte](#)

[Hannah. Winchester, 1940](#)

[Emil. Isla de Man, 1940](#)

[Hannah. Liverpool, 1940](#)

[Emil. Hay, 1940](#)

[Hannah](#)

[Emil](#)

[Hannah](#)

[Emil. Tatura, 1941](#)

[Hannah. Melbourne, 1942](#)

[Emil](#)

[Hannah](#)

[Emil](#)

[Hannah. Melbourne, 1945](#)

[Emil. Freetown, abril de 1946](#)

[Quinta parte](#)

[Hannah. Kent, 1958](#)

[Brighton, 1963](#)

[West Hampstead, 1972](#)

[Agradecimientos](#)

[Notas](#)

[Sobre la autora](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)

*Para mi padre y todos los descendientes  
de Heinz y Fay, en memoria suya*

## Nota de la autora

Aunque esta novela está basada en acontecimientos de las vidas de mis abuelos, debe considerarse obra de ficción. Los episodios principales de esta novela sucedieron realmente. Pero casi todos los detalles son imaginados y algunos elementos de la narración han sido intencionadamente alterados para los propósitos de la autora. No se ha pretendido que ninguno de los personajes del libro, aparte de los protagonistas, tengan parecido con individuos concretos.

## Prólogo

### Flora Sídney, 2005

Era el húmedo corazón del verano y Flora llevaba días abriéndose paso entre el aire espeso y pastoso, soñando con que refrescara. Estaba reciente e imperceptiblemente embarazada y a veces se encontraba de rodillas en el suelo de la biblioteca de la Customs House, con la cabeza apoyada en las frías estanterías de metal con la esperanza de que se le pasara aquel agotamiento que la mareaba. Ni siquiera el aire acondicionado parecía aligerar el peso del aire.

Cuando acababa su jornada, bajaba las escaleras hasta el inmenso vestíbulo de entrada, donde se veía una maqueta de la ciudad bajo un suelo de cristal. Había empezado a volver a casa en un tren que salía más tarde para de ese modo tener tiempo para estudiar la maqueta, que ocupaba en el suelo el espacio de una sala de estar de tamaño grande. Caminaba por encima de las vías que se desplegaban desde la Estación Central a lo largo de toda la ciudad hasta Circular Quay y la Customs House. «Estoy ahí», pensaba. «Hay una pequeña Flora de pie en la planta baja de ese edificio que mira a una Customs House todavía más pequeña bajo sus pies, e imagina a una Flora todavía más pequeña». Pero era como el concepto de eternidad, demasiado inabarcable para darle vueltas.

A lo mejor debería haber sido arquitecta. Le habría encantado hacer esos edificios en miniatura, tener en las manos una estructura que había imaginado, dar forma a todos los detalles: hacer el ángulo del tejado cuidadosamente entre el índice y el pulgar, moldear los árboles que colocaría a su alrededor. Dárselo al mundo para que lo viera otra gen-

te, dejar que creciera hasta convertirse en algo miles de veces más grande. Pero ya sentía que era parte de todo el proceso cada vez que ponía en las manos de un visitante exactamente el libro que quería. Su destinatario salía a la ciudad con él y se lo llevaba a su casa, a su vida, se sentaba en un sitio tranquilo, lo abría y entraba en una habitación, en un hogar, en un mundo que nunca había conocido.

Recorrió con la memoria las calles que tenía a sus pies entre los edificios diminutos. Había llegado del aeropuerto a la Estación Central con un libro de bolsillo y la emoción que la inundaba y subía por dentro, hasta ocupar todo el ruidoso vestíbulo de altos techos. «Estoy en Australia», pensaba. «¿Qué clase de vida me espera?».

Allí estaba el edificio al final de Kings Cross donde encontró un lugar en el que alojarse. Desde la ventana se podía ver la punta más alta de las curvas de la Opera House por detrás, asomándose entre los árboles.

La Flora que imaginaba, su miniatura, bajaba los escalones fríos con olor a humedad desde Cross a Woolloomooloo y veía cómo la ciudad se alzaba ante ella desde el Domain. Al principio iba a un café de la calle Kent, oscura y sacudida por el viento como un túnel, donde hacía café y contaba monedas, y en los momentos más tranquilos abría el periódico de par en par encima del mostrador para echar un vistazo a la sección de empleo. Era bibliotecaria de formación. Sin duda todas las ciudades necesitaban bibliotecarias. Al cabo de varios meses vio el anuncio que destacaba en el *Sunday Morning Herald* como una bandera ondeando al viento. Iban a trasladar la biblioteca de la ciudad a la Customs House y necesitaban renovar la plantilla.

Y así empezó su nueva rutina, su nueva vida. Se unía a la muchedumbre que fluía hacia los trenes que hacían su trayecto por debajo de la ciudad, emergía por encima del Quay y desaparecía en el interior del edificio que le correspondía, como todos los demás, para reaparecer más tarde, cuando el día iba muriendo, sintiéndose cansada y ligera, parte del gran movimiento de la ciudad.

Lo más maravilloso de aquella maqueta que tenía bajo sus pies era que siempre estaba cambiando. Se levantaba un edificio en Darling Harbour y, apenas estaba terminado, los operarios venían a primera hora y añadían a la maqueta la réplica de la construcción. La ciudad cambiaba mientras Flora dormía.

Ya llevaba dos años allí. Había venido de Inglaterra, a echar un vistazo nada más, movida por la historia de su familia. Al fin y al cabo, era medio australiana. Y le encantaron los cielos interminables, las brisas saladas de los puertos y las superficies reflectantes de los edificios. La despreocupación de no conocer a nadie en realidad, de no estar en casa. Se sentía tan libre que la mareaba. Pero ahora estaba David, y aquel nuevo ser que llevaba dentro. Miró más allá de los confines de los edificios de la maqueta, donde las vías salían de la estación, y se imaginó a bordo de uno de los trenes, portando el diminuto ser de su interior a su casa de Newton.

La luz del vestíbulo disminuyó de intensidad y miró hacia atrás, a la calle. La gente andaba deprisa, encorvada. Debía de estar lloviendo. Pasó por encima del extremo norte de la maqueta, cruzó el vacío donde tendría que estar el puerto de no acabarse la maqueta y atravesó las puertas para dirigirse al puerto real. En un instante quedó totalmente empapada mientras cruzaba la calle entre los autobuses en dirección al Quay y veía los ferris, una imagen borrosa amarilla y verde en el aire gris más allá de la estación.

\*\*\*

Flora entró en la casita y supo de inmediato que David no se encontraba en casa. Se alegró. Le gustaba estar en una casa vacía antes de que llegaran los demás, el tiempo justo para tomar una taza de té, un paréntesis antes de que empezaran los sonidos de las voces; luego, la compañía y el calor.

Tiró el bolso en el horrible sofá de vinilo que crujía cuando te sentabas en él y fue a por la tetera. Encontró una no-

ta en la encimera. *He recogido un paquete para ti. ¡Es enorme! En el cuarto de los trastos. No intentes moverlo sola. Tengo una puñetera cena. Tarde.*

Serían los últimos libros y álbumes de fotos que quedaban en Inglaterra. Su madre dejaba su maravillosa y destaralada casa de campo para irse a vivir a un piso. «Si todas mis cosas están aquí», pensó Flora, «eso significa que esta es mi casa». Se imaginaba el piso nuevo de su madre como un lugar depresivo en un edificio anodino y, por un instante, se sintió vacía. Se llevó la taza de té caliente por el pasillo oscuro hasta el cuarto en el que guardaban las carpetas con sus facturas, la caja de herramientas y la tabla de surf de David, además de la parte de sus libros que no cabían en las estanterías de la sala. Sobre la cama estrecha había un paquete del tamaño de una maleta, envuelto en papel marrón y con aspecto de ser algo de otros tiempos. Encontró unas tijeras en el cajón del escritorio y cortó el envoltorio hasta dejar a la vista un trozo de cuero marrón desgastado. Era una maleta.

Se sentó en la cama junto al paquete rasgado y acarició el cuero. Dejó la mano sobre él un momento y, de repente, era una niña, de unos ocho años tal vez, acostada entre sábanas de rayas de franela con olor a limpio y la mirada fija en la vieja maleta de cuero marrón colocada a su lado. También había una lámpara encima de esta y su libro, de los hermanos Grimm o de Hans Christian Andersen, o algún viejo libro de hadas inglés. Se lo estaba leyendo su abuela Hannah y lo acababa de dejar con la página marcada para la noche siguiente. Era justo el momento antes de dormirse, en el piso de Hannah en Londres. Aquella era la maleta de Hannah.

Su hogar, los recuerdos, todo lo que había sido parte de ella estalló en su volátil nueva vida. Hannah había muerto unos años antes de que ella se fuera de Inglaterra. Al final fue un alivio para todos. La demencia senil había minado su cuerpo y su mente. Preguntaba cosas raras que nadie sabía cómo responder. Ahora, con aquel cuadrado de cuero bajo los dedos, Flora recordó los tiempos pasados: las visitas a

Hannah en Hampstead, sus excursiones juntas al British Museum, el camino de vuelta en el pequeño asiento plegable del taxi londinense. Cómo jugaba con las muñecas rusas o leía cuentos de hadas mientras Hannah se sentaba en su escritorio junto al mirador entre sus diccionarios.

—¿Sabes una cosa, Flora? —solía decir—, traducir es como si escribieras. Estás haciendo algo que es completamente nuevo.

Hannah todavía viajaba en aquellos tiempos, pero llevaba una maleta nueva, más elegante, que dejaba en el vestíbulo, siempre a punto; aquella antigualla con un cierre roto había sido relegada al cuarto de los trastos para hacer las veces de mesilla de noche.

Retiró el cordel, rasgó el papel. La maleta llenó la habitación de un olor a cuero mohoso y ella abrió la ventana para dejar que entrara el aire caliente y húmedo de la noche, que arrastró el ozono y el asfalto de la calle. El cierre estaba asegurado con más cuerda. La cortó y levantó la tapa con cuidado, dejando libre un aliento, una bocanada de papel antiguo, tinta y tabaco sin fumar. Aquella reciente sensibilidad al olor era abrumadora.

Dentro de la maleta había un batiburrillo de papeles sueltos arrugados, fotografías, un surtido caótico de pequeños cuadernos de notas negros, una bolsa de plástico con una chaqueta de *tweed* de hombre con parches en los codos por dentro. Encima de todo aquello había un sobre con su nombre. Dentro encontró una nota de su padre. *Hannah te dejó esta maleta que acaba de llegar de su abogado. Al parecer, ha pasado meses en las aduanas. No sé qué pensar, pero algunas cosas pueden ser interesantes.*

Debajo de la bolsa de plástico había una caja de madera tallada. Flora abrió la tapa y encontró un plato de esmalte verde con flores pintadas por la mano de un niño; encima de este, rodando en libertad, un precioso globo terráqueo diminuto. Más abajo, un par de medallas, una llave vieja, una brújula y una cinta y, en el fondo de la caja, un libro infantil alemán: Grimm. Tomó en sus manos el globo terráqueo y le dio vueltas. Tenía el tamaño de una naranja, pero

apenas pesaba más que una lámina de cartón. En la base se leían las iniciales SL grabadas, que no eran las de ningún familiar de Flora.

Al observar el revoltijo de trastos viejos de la caja, Flora tuvo la visión de su abuela en el piso de Hampstead revolviendo el contenido de la maleta en las primeras horas del día, con el pelo rizado desordenado y blanco, en busca de objetos, fotografías, separando papeles, poseída por la necesidad de encontrar algo perdido en su memoria, poner las manos en algo, en alguna imagen que se la devolviera.

Flora sacó una fotografía. Dos chicos de pelo moreno con sonrisas traviesas se abrazaban a las piernas de Hannah en la cubierta de un barco: papá y el tío Ben viajando a Inglaterra por primera vez. Habían nacido en Australia durante la guerra y ahora los dos vivían allí. Dos fotos más. En una de ellas, una jovencísima Hannah, morena, con el pelo rizado, de pie junto al abuelo alemán de Flora, Emil. Se encontraban en uno de aquellos paseos de la infancia inglesa de Flora, un túnel de árboles, un camino luminoso. Si la imagen hubiera sido en color, habría sido un pasillo de verdes brillantes. Sobre los hombros de Emil se sentaba un niño delgado y rubio, sin camisa, con un trozo de tela atado al cuello como si fuera una capa. Una de las manos de Emil sujetaba la del chico y también un cigarrillo. En la otra foto, Hannah había sido reemplazada por una mujer muy alta y muy rubia que se parecía al chico. Solo el muchacho sonreía.

Flora se puso a ordenar los papeles, alisando las hojas arrugadas encima de la cama, a su lado. Observó una de ellas y se fijó en que parecía extraña. Si la alejaba de sí lo suficiente como para no distinguir las palabras, había algo raro en la disposición de los signos en la página. No pasaba en todas las páginas, pero cada tres o cuatro había un espacio que no correspondía. Cuando lo observó más detenidamente, se dio cuenta de que eran espacios en las frases del tamaño de una palabra. Y cuando las leyó, descubrió que Hannah había escrito sus memorias. Flora oyó su voz en el mismo instante en que empezó a leer y, sin em-

bargo, cada varias páginas se encontraba con aquellos huecos en las frases, por otro lado, perfectamente estructuradas. A medida que iba viendo más y más de aquellas hojas y descubriendo que podían agruparse, ordenarse, se dio cuenta con alarma de que los espacios eran huecos en la memoria lingüística de Hannah, que señalaban el momento en que empezaron a fallarle las palabras. ¿Se percataría de esto ella misma? ¿Escribiría más deprisa para luchar contra el avance de esas lagunas?

Pero cuando Flora empezó a leer las páginas, dejó de notarlos, insertando las palabras necesarias a medida que leía, sin esfuerzo alguno. Encontró fragmentos de la infancia de Hannah en el West End con sus hermanos, de sus viajes a París y Berlín, del barco que la trajo a Australia. Momentos de una vida arrancados a la oscuridad. Flora puso un cojín entre su espalda y la pared fría y comenzó a hacer montones. Al cabo de un rato se dirigió a la cocina a por un cuenco de cereales y regresó otra vez al cuarto de los trastos sin que su cabeza dejara de pensar en el orden de los papeles. Cuando empezó a ver las letras borrosas, tomó uno de los cuadernos de notas del montón y lo examinó. También aquello se podía ordenar. Eran diarios, comprendió, las fuentes de muchas de las páginas escritas a máquina.

Con la noche ya cerrada, la lluvia azotando la ventana como si hubiera alguien en la calle lanzando interminables cubos de agua contra ella, Flora distribuyó las hojas en dos pilas. Una la había conseguido ordenar: la primera parte de los manuscritos de Hannah. La otra era todavía un rompecabezas en el que tenía que trabajar. Colocó los dos montones en la tapa de la maleta abierta junto a ella, incapaz de hacer algo más esa noche. Se tumbó en la estrecha cama y cerró los ojos. Su cabeza, mientras se deslizaba en picado hacia el sueño, buscaba algo. «Las cosas de la caja de madera», pensó, «las medallas, la brújula...».

Pero el pensamiento que intentaba atrapar se evaporó y un recuerdo tomó su lugar. Cuando Hannah era muy mayor, se sentó con Flora a la mesa redonda que había en un rin-

cón de la sala de estar. Se hallaban rodeadas de las pilas de papeles que Hannah no dejaba de producir pero que ahora nunca recogía. Hannah le estaba leyendo un diccionario ruso. «Hubo un tiempo en que sabía todo esto», le dijo a Flora. «¿Adónde se ha ido?». Mientras hablaba, parecía que Hannah estaba perdida en los pliegues del tiempo, que todos sus muertos estaban en la habitación con ella y que era a ellos a quien estaba hablando.

Durante un instante, allí tumbada a punto de quedarse dormida, Flora volvió a encontrarse con Hannah sentadas a aquella mesa. Vio su cara: los dientes que le faltaban, los labios replegándose elásticamente sobre sus encías. Había dejado de teñirse el pelo de rojo y lo llevaba enloquecido y blanco, como el de Einstein. Se inclinaba sobre el diccionario. Su dedo, curvado por la artritis, con la uña mordida, seguía la escritura cirílica mientras leía las palabras en voz alta. Tan pronto como sus labios daban forma a aquellos sonidos graves, suaves, que emitía su vieja y delicada boca, Hannah se transformaba en una anciana rusa.

Miró a Flora.

—Tienes su frente —anunció.

—¿La frente de quién? —preguntó Flora frunciendo el ceño, convencida de que Hannah iba a decir que la de su padre, como decía todo el mundo.

—Sí, sí. Ahí está, querida, en cuanto la arrugas. La de Emil. ¿Conoces a mi amigo Emil? Te pareces mucho a él.

Flora tenía entonces veinte años. Sabía que a Hannah le empezaba a fallar la cabeza y, sin embargo, al mirar a Hannah a la cara, sintió por dentro un inesperado estremecimiento. «No me reconoce. ¿Cómo es posible que no me reconozca?». Reprimió el impulso de gritar: «Soy yo, Flora, tu nieta. Soy yo, Hannah».

\*\*\*

Cuando Flora despertó, tenía una taza de té humeante en la mesilla de noche. Se oía la ducha y a David cantando fatal. El niño que aparecía en la fotografía, el niño rubio sen-

tado en los hombros de Emil. No solo se parecía a la mujer. Rebuscó en la maleta, que David había depositado en el suelo mientras ella dormía, y encontró una fotografía, todavía encima de su montón. Sí. Tenía la nariz larga de Emil y cierto parecido en los ojos.

Se bajó al suelo, entrando en un charco de luz matinal que se formaba junto a la maleta. Sacó la caja de madera y vació su contenido en la alfombra, junto con la chaqueta. Palpó los bolsillos de esta y descubrió el origen del olor a tabaco; se acercó el envoltorio a la cara, lo abrió un poco, como si no quisiera que se saliera todo de golpe, y aspiró. Medio paquete de tabaco. El que Emil nunca había terminado, el que no había tenido tiempo de terminar. Volvió a meter el tabaco en el bolsillo y se colocó la chaqueta en el regazo y, sobre ella, el plato verde y, encima de este, la cinta, la llave, las medallas y la brújula. Hizo rodar el pequeño globo por la palma de la mano. O sea que ella no era la única a la que le gustaban las cosas pequeñas. Era el objeto más perfecto y exquisito, cuyo tamaño diminuto le recordó lo que era un globo terráqueo: una miniatura maravillosamente intrincada del mundo, de la gente, los lugares y la vida. Y despertó en ella una nueva conciencia de sí misma, de cómo sus hábitos y amores tenían antiguos precedentes, que le puso la piel de gallina.

El pensamiento que había perdido la noche anterior regresó, completado. El tabaco a medio acabar, aquellos escasos objetos silenciosos. De algún modo, todos los momentos de sus vidas podían estar allí, en sus manos, en su regazo. No solo en las páginas escritas por Hannah, sino en las medallas que sonaban al chocar en el plato de esmalte, en el globo de colores desvaídos.

Volvió a poner el globo en el plato y levantó la llave, maravillada de que aquel objeto la hubiera encontrado, la hubiera seguido desde el otro extremo del mundo. Por la ventana el tráfico se iba haciendo más intenso, la luz cambiaba, un hombre gritó en la calle, el día cobraba vida. Dejó la llave de nuevo en el plato de esmalte con un ligero sonido metálico. Sostuvo las medallas y la brújula en las ma-

nos abiertas y la luz que entraba por la ventana cayó sobre ellas. Por un instante pareció que emitían una luz propia, y también calor.

Luego la luz se desvaneció y los objetos en su mano volvieron a ser trastos viejos y desgastados, reliquias. Cualquier signo de vida en ellos había sido producto de su imaginación.